

IV domingo de Cuaresma (15-03-26)

Homilía del Cardenal Carlos Castillo

(Transcripción)

Queridos hermanos y hermanas, especialmente, hermanos de Tarma que nos visitan, y del grupo de los artesanos que ha venido a participar de esta misa:

Si algo tiene de importancia nuestra Cuaresma es que nos permite volver a la fuente, y esa fuente es Jesús. Y necesitamos siempre volver a ella para saborear distintos aspectos de esta fuente.

La semana pasada, el domingo, habíamos saboreado a Jesús distinto que ahora. En ese caso había curado a una persona, una mujer distraída y en problemas, dándole del agua de la vida, que es Jesús para afrontarlos, aquí cura a otra, pero respecto a la ceguera. Y aquí Jesús se presenta como *luz del mundo*. Y esa luz es la que necesitamos todos para aprender a salir de nuestras cegueras, sobre todo, poniéndonos Jesús, un caso extremo en donde se trata de darle la vista a un ciego de nacimiento que, como todos sabemos, siempre es muchísimo más complicado el que se pueda sanar.

Pero ¿qué es lo que sucede en Israel y en ese ambiente en el cual Jesús cura? Este ambiente es el templo, el Templo de Jerusalén, en donde, inclusive, iba gente con mucho entusiasmo, con mucha esperanza, a estas piscinas a curarse de diversas enfermedades. Y tenía puesta su confianza y esperanza en el Señor a través del templo. Pero el templo de esa época – en el que Jesús interviene y va a

continuar un tiempo hasta que sea destruido - está demasiado rígido, demasiado estructurado. Si bien la gente va al templo, simultáneamente, recibe una serie de normas y leyes en donde todo tiene que ser perfecto, absolutamente perfecto. Y, justamente, Jesús quiere cuestionar una religión que está solamente basada en mandatos y en detalles de aquí y allá que distraen de lo central: el amor y la misericordia, que es fuente de la luz, fuente de la alegría y de la esperanza.

La imagen del Señor de Muruhuay lo demuestra: una roca. Hay esta imagen que va apareciendo, y hay una agüita que sale, y la gente empieza a sentir que se ha aparecido el Señor para poderlos ayudar. Y esta imagen crece fuera del templo, de tal manera que la Iglesia tiene más bien que acoger lo que ocurre fuera porque es un signo de esperanza y de amistad que viene de la propia fe de las personas que están necesitadas.

Esto hoy día es muy importante porque la Iglesia ya hace mucho tiempo que ha superado esta frase de que “fuera de la Iglesia no hay salvación”, más bien, fuera de Cristo no hay salvación. Porque hay mucha gente que todavía no conoce la Iglesia; pero Jesús, que es el Hijo de Dios, que viene como amor gratuito hacia cualquier persona que va buscando y encuentra una esperanza en Jesús, empieza a comprender su camino o, incluso, sin conocerlo directamente, si realiza obras similares a las de Jesús, como la solidaridad, el servicio, la honestidad, la lucha contra la corrupción, la responsabilidad diaria por los hijos, por el trabajo que tiene, por los roles que se tienen que cumplir en

distintos trabajos, tanto públicos como privados. Allí también está Dios, allí están actuando como Jesucristo cuando actúan honesta y honradamente y de acuerdo con su vocación.

A veces, pensamos que no se salva aquel que no entra al templo, y en realidad no se salva quien no vive como Jesús. Él es el Templo, el Templo vivo. Y toda la escena que estamos viendo ahí es la de unos contrincantes que ven que los signos de Jesús, vivos, de servicio, de ayuda, de vida para la gente, no son para nada suficientes, porque hay unas normas en el templo que no se pueden quitar.

En el diálogo con los fariseos, el escándalo es: ¡cómo ha curado el sábado! ¡Qué locura! Como ocurre ahora, pues, cuando no se puede ir a misa porque hay una serie de tareas o hay que cocinar en la casa. Y si no va, escuchamos, ¡Pecador! ¡Pecadora!

Tenemos que cuidar mucho eso, hermanos, porque también los católicos podemos convertir la fe cristiana en un conjunto de normas que, finalmente, no comprende la compleja vida de quien busca la esperanza en la humanidad. Y, además, muchas veces al revés: chancamos a la gente por cosas de detalle, y los problemas gordos no los afrontamos.

Una cosa que me ha pasado la vez pasada es que una persona quiere tomarse foto conmigo y yo acepto. Resulta que era un candidato... “Ya está divinizado”, ya está santificado”, se suele pensar. Eso no se puede permitir, pero nos lo permitimos porque cedemos a la superficialidad, a no

ver que las cosas fundamentales deben resolverse, no por interés, sino por el bien de todos.

Desde ya lo digo a todos de una vez: no existe candidato de la Iglesia. No es posible, tampoco, que haya sacerdotes que digan a la gente: “voten por tal o cual”. Y si ven una foto, rómpala, porque no es ese el sentido que originalmente existe cuando tenemos nosotros que ver por el futuro de este pobre país que se cae a pedazos. Y en donde las personas, como ya no tienen nada que decir, porque muchos vienen por interés a ese tipo de acciones o elecciones, quieren usar esto para su beneficio propio, convirtiéndose en el “candidato” de Dios.

Hermanos y hermanas, cuando somos “ciegos” nos envolvemos en una especie de fascinación por esconder todo y tapar todo, cuando en el fondo nuestra vida está en peligro y necesita mejorar. Lo primero que hay que destacar es la grandeza de este ex-ciego que, una vez es curado, da testimonio de Jesús permanentemente, a pesar de la oposición de las personas que lo interrogan y lo quieren derruir. Nunca olvidemos que, quienes matan a Jesús, son los sacerdotes, saduceos y algunos fariseos en nombre de Dios. La religión en la época de Jesús, se usó para matar a Jesús. Y, por eso, entonces tenemos que estar muy despiertos porque la fe es algo muy profundo y delicado. Y no es una superficialidad cualquiera de cambiar de camiseta o de saber o no saber ciertas cosas. La fe es Jesús que ilumina nuestras vidas para comprendernos, profundizar y dar testimonio.

Por eso, cuando es curado este muchacho, inmediatamente, se desatan polémicas y él afirma y reafirma: “Él me lo ha hecho, Él me untó, me puso saliva, y yo veo ahora”. Es un testigo “erre que erre”. Casi que querían hacerle pasar con una persecución también a él.

Y, por otro lado, hay una cosa muy importante, hermanos, con la cual termina este precioso texto que todavía teníamos que meditar todos en casa. Es respecto a nuestra ceguera. El texto está mostrando que es más fácil que un ciego pueda ver a que uno que cree que ve, pueda ver de verdad.

Solemos decir “no hay peor ciego que el no quiere ver”, sin embargo, para Jesús, la cosa es más profunda: “no hay peor ciego que el que cree que ve”, el que se arroga que él sabe todo y pone al mundo de vuelta con una guerra y destroza a la gente porque “él sabe”, él es “lo máximo”. Y, justamente, hoy día estamos en esta situación gravísima, en que estamos a punto de la Tercera Guerra Mundial por el capricho de quien cree que es “lo máximo” y, además, se cree católico y cristiano. Eso es peligrosísimo porque es usar la religión para destruir a la humanidad.

Por eso, quisiera terminar leyendo las palabras del Santo Padre en el Ángelus de esta mañana, en donde mostró su gran preocupación:

Desde hace dos semanas, los pueblos de Oriente Medio sufren la terrible violencia de la guerra. Miles de personas inocentes han perdido la vida y muchas otras se han visto obligadas a abandonar sus hogares. Reitero mi cercanía en la oración a todos aquellos que

han perdido a sus seres queridos en los ataques que han golpeado escuelas, hospitales y zonas pobladas.

La situación en el Líbano es motivo de gran preocupación. Espero que se abran caminos de diálogo que puedan ayudar a las autoridades del país a implementar soluciones duraderas a la grave crisis actual, para el bien común de todos los libaneses.

En nombre de los cristianos de Oriente Medio y de todas las mujeres y hombres de buena voluntad, me dirijo a los responsables de este conflicto: ¡cesen las hostilidades! ¡Que se reanuden caminos de diálogo! La violencia nunca podrá llevar a la justicia, la estabilidad y la paz que los pueblos esperan.

Esas palabras nos hacen recordar que todos tenemos una tarea para que este mundo cambie a partir de profundizar. Aceptemos que muchos nos equivocamos, aceptemos nuestros errores y empecemos a decir cómo vamos juntos a salir de esto. Es labor, sobre todo, de los más simples y pequeños que hoy en día están reunidos aquí.

Que Dios los bendiga, hermanos de Tarma y hermanos artesanos que han venido por su trabajo, por su sencillez, a orar al Señor que nos ama. Amén.